

(véase el final de *Mujeres enamoradas*: si el amor hombre-mujer llevó a Gerald a la muerte, ¿lo habría salvado el amor de Gerald por Birkin y viceversa?) Dígase de paso, cometiendo una salvajada inglesa, que *Women in love* puede también traducirse como *Mujeres en el amor*, o sea, las mujeres metidas en eso que no es lo suyo, el amor, lo penetrable.

En efecto, parece que quienes se aman son los hombres entre sí, a partir de una «extraña enemistad» que no llega nunca a la realización sexual. Por lo que Lawrence, en un recodo del camino, vuelve a reconocerse más puritano de lo que se cree o quiere hacernos creer que es (o no es). El amor sin cuerpo y con el reconocimiento en espejo de un hombre por otro, de un ser sin carencias por otro ser sin carencias: es el recodo del camino donde el puritano se vuelve a platonizar por enésima vez.

El amor es, como siempre, no una relación de pareja, sino una trenza. Aquí la trenza tiene, en el medio, a dos mujeres que, para mayor facilidad de la figura, son hermanas: Ursula-Gudrun. En los extremos, Gerald que ama a Gudrun y Birkin que ama a Ursula, o sea, Gerald y Birkin que se aman a través de la doble mujer central. Si no se consuma un matrimonio, tampoco ocurrirá el otro, pues Gerald necesita que Birkin tome la mitad fraternal de su mujer para asegurar la estabilidad de la trenza. El padre muerto está en el medio y, sustituyéndolo, un matrimonio semicolectivo, como se lo supone en tiempos del matriarcalismo.

3

Este esquema que muchos (y tantas) calificarán de machista, es de un sexismo de cuño patriarcalista en lo manifiesto y, como es lógico, todo lo contrario a nivel latente. La mujer es el animal superior a condición de que reine en los espacios de abajo, es decir, allí donde es la madre, el gran y eterno Aquí-Estoy-Yo.

En términos de mito, Lawrence describe la relación Bacante-Iacco:

... una bacante que corriera por el bosque en busca de Iacco, en busca del turgente falo detrás del cual no había una voluntad propia independiente, ya que era únicamente el servidor de la mujer... El hombre no era más que el servidor del templo, portador y guardador del turgente falo, falo que era suyo, de ella... el hombre se transformaba en un objeto despreciable, en mero portador del falo, y podía ser despedazado tan pronto como hubiera prestado sus servicios... la fuerza de la bacante, la fuerza de la mujer esplendente y rauda que derriba a golpes al macho.

En tanto madre, la mujer posee el poder de la regeneración, o sea, del Segundo Nacimiento, es la madre iniciática en cuyo útero el hombre se pierde por la fantasía incestuosa que subyace en todo coito (cf. Sandor Ferenczi en *Thalassa*), muere y renace para ser alimentado a sus pechos. El alimento materno completa al hombre como el pene completa a la mujer, en distintos momentos de una, finalmente, frustrada busca de la perfección. El final de Connie Chatterley con un niño en sus entrañas cuya paternidad no quiere reconocer el hombre que la preñó, pone en sus manos el falo que consiste en poder atribuir ese hijo a cualquiera de los tres hombres que juegan en el caso, el amante real, el amante aparente y el marido.

Llevado al plano de la historia general, este esquema vuelve a conducirnos a la



David Herbert Lawrence

recurrencia lawrenciana: el regeneracionismo. La madre iniciática alumbrará al nuevo ser que dejará atrás el invierno-infierno del mundo histórico, o sea, la obra de los varones y de su plexo de valores patriarcal: dominio de la mente sobre el cuerpo, de la técnica sobre la naturaleza, de la industria sobre el campo, de la cultura sobre el deseo, etc. Pero esta obra no será sólo de la madre iniciática, sino del buen leñador que regenere a la madre con un coito que sea el hachazo al viejo y podrido tronco de la historia. Una suerte de nueva pareja fundacional, de Adán y Eva en el Paraíso recuperado.

Ahora bien, ¿cómo reunir en esta obra común de la regeneración al hombre y la mujer, que protagonizan la guerra de los sexos? ¿No es trágica esta propuesta, no está fallida desde su comienzo? Como Mater Dolorosa que ha parido con sufrimiento, la mujer intenta apoderarse del hijo y cobrar su crédito de dolor para convertirse en la Gran Madre, en tanto el hombre lucha contra su dominio haciendo valer la eminencia celestial de sus valores fálicos. ¿Es factible solidarizar a los enemigos?

Tal vez la reconciliación necesaria sea otra, más radical y profunda, y afecte a una de las mitologías esenciales de nuestra civilización: el dualismo trágico del cuerpo y el alma. Si el cuerpo, en vez de ser materia pervertida, fuera una suerte de gesto del alma, si las relaciones entre almas pasaran armoniosamente a través de los cuerpos, en lugar de perseguir a la perecible materia con la amenaza de una inmortalidad del alma misma, si... Remito al lector al epígrafe.

4

Si proyectamos esta ideología en el campo político, Lawrence aparece asentado en una peligrosa frontera, donde tiene alguna compañía ilustre. La más notoria es la de Federico Nietzsche.

En efecto, como en Nietzsche, el regeneracionismo radical tiene una faz anárquica y otra fascistoide. Si Ramón es el salvador de Méjico porque encarna la aristocracia natural de la raza y quiere, junto con Cipriano, regenerar a la nación restaurando los viejos dioses aztecas en lugar de las divinidades y santos cristianos, los gigantes celtas, hundidos en el Mar de Occidente, resurgirán algún día y enfrentarán a la Europa científica y cuadrículada, mujer ella.

Algo similar ocurre en el cuadrilátero de Clifford-Connie-Mellors-Señora Bolton. Un aristócrata sabio en cuestiones industriales y estéticas es sexualmente impotente. Una señora burguesa educada por un padre librepensador es impulsada por éste y el marido hacia el adulterio que la fecundará. El regenerador es un guardabosque esquivo, ascético, apartado de la sociedad y repristinado por la naturaleza, que corta árboles y preña señoras con el mismo afán iniciático. La señora que cuida del aristócrata baldado considera, Magna Mater, que todos los hombres son como niños. Una alegoría de esta época trágica que, por lo mismo, ignora su propio carácter de tal.

Hay siempre, en Lawrence, la imagen de la sociedad industrial como sobresaturada de técnica y de virguería y de artificio, todo lo cual opera como una gran castración, es decir, que la sociedad se coloca en la situación de quedarse sin herencia, acogotada en un fin de raza y alejada de la naturaleza y de la ley, o sea, en pleno proceso de